

Padre Jesús Delgado Álvarez. Educador y poeta (1872-1967)

POR
GREGORIO MARTÍNEZ, OSA

Preámbulo

Trato de desvelar la imagen de un hombre que ha brillado en cuatro naciones extremas: España, Filipinas, Italia y Perú; treinta años en la primera y la última, cuatro años largos en el Oriente y seis en Italia: suman setenta años apostólicos, precedidos de veinticuatro de formación religioso-sacerdotal, nos llegan a los noventa y cuatro que tenía cuando escribió la última línea en el Libro de la Vida.

Fue mi superior en el inicio de mi vida docente, cuando llegué al Perú en 1945; nuestras habitaciones eran contiguas, interiores, sin más luz que la filtrada por una ventana abierta en el techo. Tenía ya setenta y tres años, no obstante demostraba energía física y moral, mirada penetrante, gestos y ademanes expresivos, de buena estatura, aunque algo encorvado y ligeramente ladeado a la izquierda; andaba siempre aprisa y utilizaba bastón en sus obligadas salidas a la calle. Frugal en la comida, parco en la bebida, rara vez hacía honores al cigarrillo, más por complacer que por deleite, y que procuraba extinguir tras breve fumata. Fácilmente impresionable por la taquicardia, otras por el escrúpulo, hacía sonar el timbre ya fuera en demanda de una tisana o bien suplicando la absolución por si el Señor llamaba; al más asiduo en la atención fraterna lo llamó «ángel de la noche».

Durante los veinte años que le conocí, acudí a él confidencialmente más de una vez; pero a la hora de su muerte estaba yo en Chile, ocupado sencillamente en obedecer, pero no olvidé una profética indicación que hiciera cierto

día: «ahí, en ese baúl guardo cuanto escribo». Ese baúl ha sido recuperado, gracias a él tenemos originales escritos en 1898.

Con esos apuntes y notas, más sus muchas aportaciones en las revistas, y los libros de los archivos conventuales, doy comienzo a la vida de este hombre religioso, misionero, educador y poeta. No tengo otro título que la gratitud, el cariño y hasta el desagravio por no haber secundado íntegramente sus consejos. Seré sencillo en el narrar, pero exacto en la verdad, sin parpadeos de estrellas ni lunas llenas, ni cierzos, ni tornasolados, que de todo pudo haber pero nada añaden de mérito al hombre celebrado, y más bien perjudica al paciente lector.

Nacimiento y vocación religiosa

Vio la luz primera en Tuiza, caserío anexo al concejo de Lena, provincia y diócesis de Oviedo. Era su pueblo, dice él mismo, humilde y apartada aldea, situada casi en el centro de los Pirineos Astures, en un profundo valle, y rodeado de altas montañas, morada perpetua de nieves, y no suelen cruzar por ella otros viajeros que águilas y rebecos.

Fueron sus padres Antonio Delgado Pulgar, y Jacoba Álvarez Delgado: su nacimiento fue el 25 de diciembre de 1872, y le pusieron por nombre JESÚS, nombre que canta con estos versos:

«Es de Jesús el nombre sacrosanto
hermosa flor, que llena de ambrosía
brotó en mi corazón; con dulce encanto
le oí del labio de la madre mía
cuando en el arrullo de su tierno canto
entre sueños de rosa me adormía;
y cuan dichosa con su labio ardiente
mil y mil veces lo imprimió en mi frente».

Su vida transcurrió, como la de todos los niños de aldea, entre la escuela y la ayuda prematura, pero obligada, en el hogar y en el campo. La quema de los archivos parroquiales nos impide seguir de cerca la familia Delgado-Álvarez; ignoramos si tuvo más hermanos, ni en qué fecha recibió la primera comunión, y la confirmación.

«Por ti dejé mi hogar»

Tiene quince años el joven asturiano cuando siente el aldabonazo del Maestro que pasa por su puerta y le invita a empresas arduas y sublimes:

«Por Ti dejé mi hogar; por Ti a lejanas
playas crucé desconocidos mares;
y anuncié tus grandezas soberanas,
y convertí las selvas en altares».

Para tan grandes hazañas hay que entrar primero en la palestra: el lugar escogido es el Real Colegio Seminario de Valladolid. Allí ha llegado el asturiano, buen mozo y de agradable rostro, con el certificado y garantía de estudio y conducta irreprochables, extendido por el párroco del lugar, tal vez familiar suyo, Francisco Álvarez Suárez, quien atestigua: «Jesús Delgado Álvarez tiene quince años de edad, está regularmente instruido en Latín y Humanidades, es irreprochable su conducta, y de pacífica condición». Hechas las averiguaciones de rigor, tomó el santo hábito el 10 de septiembre de 1888, día consagrado a honrar en aquel tiempo al Maestro de novicios, de priores y de preladados, Santo Tomás de Villanueva; era prior del Real Colegio el P. Antonio Moradillo, y maestro de novicios el P. Tomás Fito. Un año y día después, el 13 de septiembre, hizo la primera profesión en manos del P. Sabas Fontecha, el mismo que le dará la solemne el 12 de septiembre de 1992, a un mes vista del IV Centenario del descubrimiento de América, inicio de la gran cadena de viajes y tornaviajes de naves conquistadoras y evangelizadoras.

Como buen asturiano, hubo de sentir tremendo impacto entre la sequedad castellana y el horizonte infinito de estas tierras con los pichachos recortados de su querida Asturias, qué extraño que cante:

«Sueños de mi niñez idolatrados,
pájaros de aquel bosque enamorados,
de aquel risueño Abril flores y nidos;
sueños, pájaros, nidos arrancados
del árbol de mi amor, ¿dónde sois idos?
traed las gratas músicas al alma
y al triste corazón tornad la calma».

Mucha calma necesitó el joven para con la capucha calada apretar codos e ir día a día asimilando las enseñanzas de los lectores y maestros. El primer curso que abarcó lógica, geografía, aritmética e idioma, lo concluyó con la calificación de *sobresaliente* en las dos primeras, *bueno* en las dos restantes, y *aprobado* en historia, que es la quinta asignatura.

Al año siguiente entra de lleno en la filosofía con el calificativo de *bueno* en todas, y en literatura merece *sobresaliente*. El tercer año obtiene el calificativo de *notable* en todas, menos en idioma que sólo mereció *aprobado*.

Concluida la carrera de filosofía, pasó a La Vid, donde hizo los dos primeros cursos de teología, y seguidamente pasó al Monasterio de El Escorial

(1894-95). Los profesores de Valladolid fueron los siguientes: Sabas Fontecha, rector y regente; Bonifacio Moral y Manuel Noval, lectores; en el último curso participó el P. Anselmo Moreno como pasante. Los condiscípulos fueron 28 en primero y tercero, y 30 en segundo.

En la Vid, siendo regente de estudios el P. Fernando García y lector el P. Francisco Aguirre, cursó primero de Teología con los siguientes calificativos: *bueno* en todas las asignaturas (lugares teológicos, Sagrada Escritura e Historia Eclesiástica), *bueno* en conducta religiosa y *regular* en disposición y aplicación.

Lamentamos no existan los cursos 1893/94, según nota del archivero Juan José Vallejo.

En el Real Monasterio tuvo de Regente al P. José Laviana y de Lector del curso al P. Miguel Fonturvel, habiendo merecido las siguientes calificaciones: *meritissimus* en todas las asignaturas, *bueno conducta*, y disposición y aplicación *muy buena*.

La expedición n.º CXXII

Iniciado el curso académico de cuarto de teología, los superiores decidieron que dieciocho teólogos, sumados a seis hermanos de obediencia, partieran rumbo a Filipinas, donde completarían los estudios y serían posteriormente promocionados al sacerdocio. Así se realizó y la nave misionera llegó a buen puerto el 2 de febrero de 1896. El 28 de mismo, el obispo Mons. Bernabé García ordenaba sacerdotes a los agustinos David Casares, Anatolio de la Rosa, Felipe Barba y Jesús Delgado.

Los destinos no se hicieron esperar: al P. Delgado lo envían a la Unión para aprender el ilocano, y le nombran auxiliar de La Trinidad (Benguet) en 1897; en 1898 se encargó de Basao, misión viva con una población cercana a los 16.000 habitantes, era el tercer misionero asignado a esa población antes evangelizada por el P. Mariano Rodríguez Herrero (1893-95) y después por el P. Román Toledo (95-96) que morirá asesinado en Cagayán el 31 de diciembre del 98.

Se hizo querer el P. Delgado de los igorotes, se identificó con ellos, para quienes siempre tuvo la puerta abierta en señal de confianza como le oí contar más de una vez. Una experiencia breve, pero intensa, rica en sudores, pero llena, también de satisfacciones. Era una zona privilegiada por su clima de altura cuya temperatura oscilaba entre los 13 y los 25 grados, en duro contraste con Manila. Allí se pensó establecer granjas agropecuarias, y casas de salud, pero la revolución katipunoamericana anuló tan halagüeños proyectos.

Cuadillo en la contienda

Encontrábase el P. Delgado sustituyendo al misionero de Tagudín, misión viva que data nada menos que de 1760, y que se vio agitada como el resto en los vientos revolucionarios. Contaba la población con buen número de simpatizantes de los «castila»; el P. Jesús con sus 26 años de edad, se sintió nuevo Pelayo y con toda la bravura astur, fiado en las palabras del Gobernador, recorría el pueblo levantando los ánimos de los pocos valientes que guarnecían el convento. Las avanzadas rebeldes consiguieron hacerse con la Iglesia trabándose entonces reñido combate entre ésta y el convento, donde el capitán Almaraz y el teniente Montero, junto con el P. Delgado, resistieron heroicamente tres días ataques continuos, hasta que una bala hirió mortalmente al bravo Montero que exhalará el último suspiro días después en el mismo convento. Cuando el edificio conventual amenazaba derrumbarse, hubo rendición honrosa en manos de los sitiadores. Era el 13 de agosto de 1898. Los pocos sobrevivientes, entre ellos el P. Delgado, fueron llevados prisioneros a San Fernando.

Está por escribir la epopeya de tantos religiosos que ante esta situación supieron ocupar los sitios de mayor peligro, como un deber sagrado, armonizando breviario y fusil, antes que ver arrancar de la corona de España la última perla.

Una liberación transitoria

Después de sufrir lo indecible física y moralmente, hubo un general por nombre Tinio a quien cayó en gracia el fraile asturiano; de ahí que hiciera minuciosas averiguaciones en Tagudín sobre la conducta e ideas políticas del misionero; ante la respuesta unánime de los fieles que abonaban su intachable conducta y su amor al pueblo, optó por darle libertad, a condición de que no saliera de San Fernando. Era el 22 de septiembre de 1898.

Apóstol entre los cazadores

Gracias a dos religiosas dominicas * que escribieron cuanto les sucedió en su azaroso viaje desde Vigan y Rugegarao hasta Manila, conocemos una página brillante de nuestro biografiado, que sustancio para admiración de todos (pp. 107-111).

Quedó un destacamento de soldados «cazadores» en los contornos de Vigan prisioneros, o al menos supervigilados hasta que llegara la repatriación o la liquidación final. Las religiosas ejercieron una acción humanitaria y apostólica entre los mismos: catequesis intensiva, ayuda sanitaria, alimentación

mejorada, etc. y llamaron en su ayuda al P. Jesús; pudiera celebrar misa en Vigan, pero los clérigos nacionales no se lo permitían. La actitud del P. Delgado fue considerarse un feligrés más que semanalmente acudía a oír misa, comulgar y confesarse con quienes le negaban el acceso al altar. La confesión de los soldados hubo de hacerla medio a escondidas en el colegio de las dominicas, y concluir en el mismo colegio con una misa, medio en catacumbas, ya que no podía ser en la parroquia. A la misa siguió un frugal desayuno, cortesía de las religiosas, y no faltaron las promesas de perseverancia, regadas con lágrimas, de quienes se volvieron niños en la inocencia recuperada. Quien fue extraordinariamente feliz fue el P. Jesús doblemente «cazador», auténtico «venator animarum».

También las religiosas gozaron de los privilegios de ese capellán providencial a quien confiaron sus problemas de conciencia, ya que dudaban del valor de los sacramentos administrados por clérigos sospechosos de excomunión. Ni faltó la presencia oportuna del padrecito al lado de una anciana moribunda, cien por cien católica, que administrada de rutina por la clerecía oficial, suplicó con lágrimas que el P. Jesús fuera el testigo de su paso a los brazos del Padre Dios.

La envidia suscitó sus celos entre el clero nacionalista, que acudió nada menos que a Aguinaldo para que obligara a Tinio a encerrar al fraile agustino con sus compañeros en San Fernando; el Jefe Supremo dirigió al general protector del misionero un telegrama conminatorio. Sabedor Tinio de la procedencia del mismo, lo rasgó, y dijo que el P. Jesús iría a la prisión cuando él quisiera, y no cuando lo impusieran otros. Lo supo el P. Jesús y buscó la oportunidad para decirle a su protector: «¿Cuándo me manda a la prisión?», a lo que respondió Tinio: «esté Vd. tranquilo porque yo respondo de Vd., pasee por las calles de Vigan, y vaya donde quiera, que aquí estoy yo».

Siguió frecuentando la capilla dominicana, único lugar donde podía celebrar; y para ser fiel hasta el extremo, se ponía el hábito de Santo Domingo, dejado allí por nuestros hermanos, y celebraba con todo el fervor agustiniano y dominicano; las religiosas tan felices.

Vivía de limosna, daba clases particulares como maestro rural, compartía la pitanza de una libra de carne a repartir entre cuatro, debiendo estirla un poquillo para la cena; por eso, frecuentemente, las madres le ofrecían desayuno y comida a fin de que la ración fuera más abundante con los restantes cazadores.

Cuando las dominicas tornaron a Manila, recomedaron a una cristiana fiel para que socorriera diariamente al capellán con chocolate y pan. Debíó hacerlo a perfección porque el P. Jesús, una vez liberado, fue a dar gracias a la comunidad dominica en Manila y dio fe del cumplimiento de la buena Marta del Evangelio.

Otra vez en la cárcel

No se descuidó el P. Delgado de contactar con sus superiores ya manifestando su situación crítica, y también indagando por los compañeros, ya en demanda de lo imprescindible para sobrellevar la cruz más ligeramente.

Aunque despojado de todo, sin ropa y sin dinero, vive a merced de las amistades conquistadas aquí desde la hora fatal en que vino a estudiar idioma con el P. Rafael Redondo. Las cartas eran llevadas siempre por manos amigas, las únicas igualmente fiables para que puedan hacer llegar el socorro solicitado como jabón, zapatos, etc. y al no tener respuesta positiva era de suponer que la Provincia no estaba en condiciones de auxiliarlo.

La presión sobre Tinio debió ser más fuerte, o bien éste desapareció de escena, lo cierto es que el P. Jesús en diciembre ya está nuevamente encerrado; lo está, dice *por mayor seguridad*. No es lugar de delicias, a juzgar por la ración que es de ¡doce cuartos diarios! que en plaza representan tres huevos y dos plátanos. Pero no falta la divina Providencia: una familia le envía diariamente la comida aderezada y le lava la ropa. Hasta puede compartir la mesa con un amigo, por nombre Mariano Legazpi, hombre de confianza para cualquier encargo. Bien quisiera celebrar la Navidad en la comunidad de Manila, pero ¿cuándo se le permitirá dar el estrechísimo abrazo?

Hay maneras de salir de la prisión: una es el dinero. Le proponen la libertad furtivamente por *mil pesos* ¿puede la Procuración abonar esa suma? En caso afirmativo, todo está hecho: manden el dinero en mano por intermedio de Don Reinaldo, jefe de la Tabacalera, la persona más influyente y respetada de todos y amigo personal, y si no puede ser, Dios remedie como le plazca. Así con esperanza y resignación simultáneas manifiesta su estado de ánimo. Y la compra no pudo hacerse, han de transcurrir once meses para la ansiada libertad.

Amargo, con mezclas de dulzuras muy humanas, pero siempre amargo fue el cáliz degustado por el P. Delgado, pero el Señor apartó de sus labios el último trago, mientras otros muchos lo apuraron hasta las heces. Díganlo sino los PP. Leocadio Sánchez, Francisco Renedo, Miguel Atanasio Vera, David Casares, Rafael Redondo, y otros más. Martirios que están esperando un Prudencio que cante esas gestas que abundaron, en el refinamiento de los tormentos, y en la calidad de las víctimas.

El P. Jesús llegó a fines del año 99 a Manila, envejecido, con más probabilidades de muerte que de recuperación, y lo embarcaron en 1900 rumbo a España, teniendo por único acompañante de hábito al P. Urbano Álvarez González, que fue para él como una madre en el viaje, «pues venía yo (dice textualmente el P. Delgado) según alguien me informó después, deshauciado

de los médicos a buscar la salud en la península, o (lo que se creía más probable) el eterno descanso entre las ondas del Pacífico». Pero no fue así, pues a medida que se acercaba a la Patria se recuperaba visiblemente, y ayudado por su cireneo-médico y ángel a la vez, llegó a celebrar la santa misa en la nave.

Casi dos centenares de agustinos estaban en listas de repatriación; una del 30 de mayo del 1899, y la otra del primero de marzo de 1900, pero no todos consiguieron el ansiado retorno: unos partieron a la casa del Padre en Manila, otros en Macao; los más valientes fueron directamente a la China y otro grupo a Colombia, vía del Pacífico.

Ni en la cárcel ni en libertad estuvo ocioso el P. Delgado, como he apuntado; sus mejores poesías están escritas en el cautiverio, algunas vieron la luz pública, otras merecen ser incluidas en esta monografía. Además de las poesías, escribió múltiples artículos en el diario «Libertas» de Manila, ordinariamente con el seudónimo de «L. de Gádez».

Educando a la juventud asturiana

Fue un regalo de Dios y de los hombres que asignaran conventualidad al P. Jesús en Llanes, porque allí, con los aires de la tierrina, se restableció plenamente y pudo incorporarse, sin dificultad, a las labores docentes y pastorales ese mismo año.

Es Llanes un municipio situado en las costas asturianas, puerto de segundo orden, sobre un acantilado rocoso, y una población a comienzos de siglo cercana a veintidos mil habitantes. Zona rica en maderas, agricultura y ganadería, además de la pesca y derivados.

Hay en Llanes una tradición agustiniana muy antigua, data nada menos que de 1662, año en que una dama llanisca, Doña María Peláez de Posada Escobar (en religión sor María de Santo Tomé) fundó un monasterio de agustinas recoletas, procedentes de su omónimo «La Encarnación» de Valladolid. Allí se mantuvo el monasterio en bienandanza y sin problemas hasta la fatídica revolución de 1868, mal llamada «la gloriosa», que se apoderó de los bienes monacales femeninos como lo había hecho años antes de los religiosos; las religiosas fueron expulsadas y una disposición gubernamental transformó la casa en Instituto, como así se realizó en 1873. Vanamente reclamaron las agustinas la devolución de casa y propiedades, una vez restaurada la monarquía, viéndose entonces forzadas a emigrar a Oviedo el año 1888.

Fueron los primeros patronos del Instituto, que se llamó de «La Encarnación» los hermanos Faustino y Nemesio Sobrino, junto con José de Parres Piñera. A fines del siglo XIX tenía el patronato Don José de Parres Sobrino, descendiente de los fundadores, quien no tuvo inconveniente en traspasar el in-

mueble con todas sus obligaciones a los Agustinos, venidos de Filipinas. Como eran centenares los asturianos que vestían el hábito agustiniano, Asturias recibió con gozo a sus hijos no sólo en Llanes sino también en Tapia y Gijón. La pensión anual que la fundación daba a los agustinos era de seis mil pesetas. Se recibieron alumnos internos, externos y medio-pensionistas, y la educación abarcaba primaria, secundaria y comercio. Fue su primer director el P. Fidel Faulín; las dificultades iniciales fueron grandes, como lo revela el P. Delgado en el saludo poético al director en su día onomástico del 24 de abril, comparando el colegio a la nao que llega feliz al puerto, gracias a la pericia del timonel.

Nueve años vivió el P. Delgado en Llanes, ocupado en tareas docentes y de dirección espiritual no sólo del alumnado sino también de los padres de familia y fieles que frecuentaban la capilla del colegio, donde fundó y regentó un Taller de Santa Rita, Escuelas dominicales, y Obra de la Santa Infancia. Fomentó igualmente la devoción a la Virgen de la Consolación y Correa.

La solemne distribución de premios estaba centrada en una velada literario-musical, donde hacían gala de auténticos profesionales del arte escénico los alumnos, dirigidos y ensayados por sus profesores. Del P. Delgado conservamos tres composiciones; en cada una hay su mensaje pedagógico: en «Dos cartas» un alumno interno se queja a su madre del sistema pedagógico reinante (hoy más que discutible) y pide en compensación gollerías de niño mimado; responde la madre con sabiduría hogareña: para superar todo eso hay que aplicarse, de lo contrario sería preferible el zurrón y la mochila e ir a pastorear las vaquinas u ovejitas. En «El mejor premio» se entabla un diálogo entre dos alumnos, uno con medalla de buena conducta y otro con la de aplicación, discusión bizantina que termina en tablas. «La historia literaria de España» ocupa otra velada, donde intervienen cuatro figuras de las letras españolas: Lope, Alarcón, Moreto y Tirso de Molina.

Tras el agobio pedagógico-pastoral tiene tiempo el P. Delgado para cantar las bellezas de la tierra asturiana y a sus hijos ilustres, como el P. Francisco Valdés Noriega que visitará esa villa en 1905 y a quien homenajearon el día de san Agustín. De esta época datan «Una aldea de Asturias», «Los zagales de la aldea», «Una mañana de Julio» y otras.

Llanes es ciudad culta, contaba en aquel entonces con dos diarios: «El Oriente de Asturias» y «Pueblo», en el primero colaboró asiduamente el P. Delgado, insertando en dicho diario su discurso de apertura de curso de 1901.

De Llanes a Tapia de Casariego

Villa de unos cinco mil habitantes en los primeros años del siglo: población rica en minas, pesca, agricultura y ganadería, amén de sus industrias.

Don Fernando Fernández Casariego, rico vecino de la localidad, quiso beneficiar a su tierra con un hospital, pero los delegados del contorno, apoyados por el clero de los distritos vecinos, le convencieron de que era preferible un centro de estudios para la multitud de jóvenes que no podían desplazarse a Gijón u Oviedo. Consecuente con los gustos de sus convecinos creó una fundación a base de cuatro millones de reales, con una renta anual de doce mil. El colegio se tituló de Santa Isabel, y estuvo floreciente y de prestigio los primeros años, pero, muertos los educadores de la primera hornada y creados otros intereses y otros ideales muy ajenos a la mente del fundador, decayó de su primitivo fervor y hasta se pensó en extender el acta de defunción del centro.

Fueron las buenas gentes del lugar que, apoyadas en fuertes palancas en la capital y con la bendición del prelado de la diócesis, Fray Ramón Martínez Vigil, OP, consiguieron el traspaso de la fundación y de todos sus enseres a los PP. agustinos.

Sirvió también el colegio como seminario menor, con gran beneplácito del Prelado. El colegio gozaba, entre los muy pocos, de comisión de exámenes propia. Su primer director fue el P. Santiago García. El P. Jesús Delgado sustituyó al P. Benigno Díaz en 1911.

Los alumnos allí matriculados, eran, al igual que en Llanes, internos, externos y medio pensionistas. Los internos abonaban 650 pesetas, los semi-internos 600, en las que iban incluidos la enseñanza y derechos de examen, lo que equivalía a una peseta con sesenta y cinco céntimos diarios.

Un pequeño pleito con la Junta de consumos de Tapia

Resultaría valadí y sin trascendencia, si no se tratara de una imposición de la Junta administradora de consumos del Concejo de Tapia al colegio, por considerarlo «uno de los mejores de la provincia, donde el trato en la mesa es inmejorable y al que no pueden llegar los mayores contribuyentes y rentistas del concejo, de lo cual es un detalle la comodidad y el lujo que despliegan en todos los actos de vida íntima, de la cual son muestra el billar, gramófono, piano, teatro y otros elementos que exteriorizan la positiva riqueza...». Consecuentes con esto gravaron al colegio con la suma de 4.129,12 ptas, considerándolo nada menos en la primera categoría, a repartir entre las ciento nueve personas del centro docente. La comunidad estaba compuesta por trece sacerdotes y dos hermanos de obediencia; alumnos setenta y nueve; el resto servidumbre o empleados.

Dos errores: considerar que todos eran una familia, y que todos permanecían allí los doce meses del año.

El recurso contra tal medida no se hizo esperar: el P. Director expuso que el lujo y comodidades no eran tales, sino «sencillamente medios de instrucción e higiene, propios y corrientes en establecimientos de esta índole»; que los alumnos, según certificado de los concejos de origen como El Franco, Vega de Ribadeo y Castro del Rey, residen sólo accidentalmente en Tapia, figurando en el reparto de consumos con sus respectivas familias del lugar; y que los fámulos no están exclusivamente para trabajar, sino también para educarse y estudiar, no siendo, por esta causa, su condición igual a la de un criado vulgar.

Desestimado el recurso por la Administración de Tapia, acudió el director a Oviedo, donde se examinaron concienzudamente los pros y contras, que resolvió que no debe considerarse afectos al consumo más que siete meses para los internos, y que el profesorado y sirvientes sean considerados en la categoría dieciocho, declarando nulo, por tanto, lo ordenado por la Alcaldía de Tapia; veredicto que está firmado en Oviedo el 17 de abril de 1912.

Fuera de este perance administrativo, no tenemos más que reseñar.

De educador a director de almas

Pasó el P. Delgado de las bulliciosas aulas de Tapia a la residencia de Gijón, nombrado presidente de aquella comunidad, compuesta de seis sacerdotes y dos hermanos de obediencia en el capítulo de 1913.

Contaba entonces esa maravillosa villa asturiana con 55.000 habitantes, la riqueza agrícola, industrial, minera y ganadera no son para destacarlas en el momento: la vida religiosa consagrada se inició en 1668 con la fundación de las Agustinas Recoletas que salieron de Llanes y bajo la dirección de la misma fundadora, Madre María de Santo Tomás. Fue el único centro de espiritualidad hasta que en 1880 se establecieron allí los jesuitas, después los agustinos, La Salle, además de capuchinos, y religiosas del Santo Ángel, ursulinas, la Milagrosa y otras.

Gijón fue otra de las villas acogedoras de agustinos repatriados de Filipinas. Se iniciaron las primeras gestiones en 1899 a indicación del obispo P. Francisco Valdés, siendo bien recibidos por el obispo de Oviedo Fray Ramón (Raimundo) Martínez Vigil, siendo el primer presidente el P. Eduardo Navarro, a quien sucedieron los PP. Saturnino Franco, Bernardo González, Juan Fernández, Antonio Lastra y Jesús Delgado.

Se instalaron nuestros religiosos en la casa del capellán de las Agustinas, y su función específica era ser capellanes, confesores, etc. de la comunidad, a la vez que dirigir las asociaciones y cofradías existentes y fundar otras nuevas en la iglesia conventual.

Establecidas la Asociación de madres cristianas, Apostolado de la oración y Cofradía de Nuestra Señora de la Consolación, destaca como obra social la escuela-taller de Santa Rita, fundación que data del 30 de marzo de 1910, obra del P. Plácido Mallo, antiguo misionero de la selva del Perú, tierra querida que hubo de abandonar ante la persistencia de las fiebres malignas que pusieron a precio su vida.

En la villa gijonesa estaba la mujer modesta, necesitada de un amparo que la liberara de la ignorancia y explotación: para ella se creó la escuela-taller donde aprenderá a ser madre cristiana y perfecta ama de casa. Su origen fue humilde, y hubo de ampararse en una escuela pública que generosamente la cobijó hasta 1914; y hubiera desaparecido tan apostólica y benéfica obra a no haber contado con un benefactor del lugar, don Eusebio Miranda, conocido como «el pan de los pobres», quien legó en testamento su casa y capital en beneficio de la mujer de Gijón. Por una resolución del Ministerio de Educación Pública, del 20 de marzo de 1913, gracias a la eficaz intervención de la Condesa de Romanones, presidenta de uno de los talleres de caridad de Santa Rita en Madrid, fue favorecida la escuela-taller de la santa Abogada de imposibles, con la disposición testamentaria de don Eusebio. Este acontecimiento se celebró con solemnidad el 6 de enero de 1914, en un acto académico realizado con la asistencia de don Félix Miranda, hijo del benefactor. Era director entonces de esos talleres el P. Silvano Camporro, inspirado poeta y músico, quien compuso el himno propio para el acontecimiento; el discurso de orden, ponderado, exquisito y elocuente, corrió a cargo del P. Jesús Delgado.

Centró sus tiempos de ocio en la lectura de la autobiografía de una mujer singular del monasterio recoleto: sor Melchora de los Sagrados Corazones (1820-1909), mujer fuerte que edificó monasterio e iglesia con la herencia materna, tras vivir indecibles penalidades con la comunidad desde que fueron expulsadas del antiguo monasterio para instalar allí la fábrica de tabacos.

Maestro de profesos en Valladolid

Llanes, Tapia y Gijón son testigos, durante 18 años, de las inquietudes pedagógicas, apostólicas y literarias de aquel hombre que llegó allí semi-muerto, pero que recuperó toda su vitalidad y bravura primitivas y le hacían apto para empresas mayores.

Es la casa de formación la niña mimada de los superiores mayores, porque de ella depende la supervivencia y pujanza de la Provincia. El Capítulo provincial de 1918 se fijó en el P. Delgado, austero; pero dulcificada su bravura con el amor tierno al Nombre de Jesús, titular de la Provincia misionera. Era un excombatiente de Filipinas que había de arengar a la juventud adorme-

cida, y hacerla nuevamente mirar de hito en hito al sol que orienta a la juventud filipina hacia China, Filipinas, Perú y Colombia. Y no debió hacerlo mal, a juzgar por la espontánea reacción de los mismos colegiales de confiar al maestro el discurso de apertura de la velada tradicional del Santo Niño en enero de 1919. Arengó, con todo el coraje de un nuevo Pelayo y de un Urdaneta, a las huestes agustinianas para ganar nuevas batallas del Señor; eso sí, en el ejército no hay cabida para amorfos ni abúlicos, pero, los mismos legionarios, los valientes, han de entrar por los moldes característicos de la Provincia, tradicionalmente misionera. Buen sabor de boca dejó ese año, de ahí que, al año siguiente, en la misma fecha, sorprendiera a todos con el canto al «Convento de La Vid», tema tan nuevo y tan viejo, pero nunca tratado como hasta entonces.

Hicieron escala en Valladolid dos prelados de la Orden, hijos de la Provincia, los Rvmos. Mateo Colón y Bernardo Martínez; para ambos la inspirada lira del P. Delgado estuvo a punto como lo había estado años antes con el P. Valdés.

Al hijo ilustre de Mallorca le dice:

«Sois fraile, sois mallorquín;
príncipe, ungido, y austero...
seguid el aureo sendero
de fe, trabajo y amor...
en los campos del Señor,
sed monje, obispo y obrero».

Al P. Bernardo lo había tenido de compañero en Filipinas, de provincial en España, de ahí que cuando hace la crónica de su ordenación episcopal diga con dolor y nostálgico orgullo: es el quinto obispo sustraído a las fuerzas vitales de la Provincia, signo de vitalidad de la misma, pues árbol seco y carcomido no se adorna de ramas ni da frutos. Y ya en el saludo le dice:

«¡Buen remate de carrera!
nacer en valle sombrío.
(Valdesoto); en soto sombrío
pasar la niñez primera;
la florida primavera
de la edad, en el sagrado
claustro, súbdito y prelado,
siempre religioso austero;
y al fin... sobre el candelero,
con la mitra y el cayado».

Ambos, después de misionar uno en Colombia y otro en Filipinas, han de romper por otros caminos: el primero, como auxiliar de Toledo y seguidamente residencial de Huesca, quien nos facilitará la fundación de Zaragoza, gracias a que los terrenos adquiridos estaban dentro del enclave oscense en plena capital de Aragón; el segundo ha de ir a la pobrísima Almería, donde llevará a un hermano de obediencia para no sentir la ausencia del hábito agustiniano.

Aunque en Valladolid, sus vínculos con la tierrina no los rompió nunca: dos notas necrológicas lo atestiguan. La primera es de una agustina misionera de su mismo pueblo, tal vez familiar, de dos años menos que él, muerta a la temprana edad de 45 años en Mansilla de las Mulas (León), María Ángeles Álvarez Suárez: la paisanina de blanco rostro, de cabello negro, de perfil delgado, tan dócil y tan alegre alrededor de su maestra, como la mariposa en torno a la lámpara, así la vio en la escuela. La contempló años más tarde, bajo invisible peso encorvada, y apoyado el hinchado cuerpo sobre una muleta, pero era la misma niña, de temperamento angelical, de un decir gracioso y salpicado de buen humor. Era una flor de los prados de Tuiza.

Delicados sentimientos refleja igualmente en la nota sobre un joven profesor, natural de Bimenes, Fr. Arturo Palacios Campal, muerto de tuberculosis en el coristado, a los seis años justos de profesar.

Al gran Padre y Doctor de la Iglesia, san Agustín, le consagró la inspirada, clásica y universal novena, que ha conocido múltiples ediciones y ha sido vertida al portugués.

En la capital de España

Decepcionado, tal vez, de la poca aceptación que tenía entre los jóvenes, más preocupados por la sangre hirviendo en sus venas que por el idealismo qui-jotesco urdanetiano predicado por el P. Delgado, lo cierto es que presentó la renuncia al cargo de Maestro que le fue aceptada el 21 de septiembre de 1921 y se le asignó conventualidad en Madrid, Columena 12, adscrito al cuerpo de redacción de «España y América», amén de las obligaciones anexas a la Iglesia de San Manuel y San Benito.

Ya sabemos que nunca estuvo ocioso el P. Delgado: el culto religioso lo fomentó intensamente en Llanes, Tapia y Gijón; la pluma siempre a punto para la crónica oportuna o para la defensa de los derechos inalienables de la Iglesia.

En Madrid fue subdirector de los famosos talleres de caridad de la Abogada de imposibles, de ella predicó más de una vez, como en la parroquia de San Martín donde también existía un taller ritano. En su honor escribió una piadosa novena con su himno que publicó en el *Manual de esposas y madres*

cristianas, escrito en italiano y traducido al español por el P. Víctor G. González, agustino, que fundó en la iglesia del Beato Orozco la «Pía Unión de madres cristianas», novena que tendrá múltiples ediciones. Sus fervores ritanos tendrán su culmen en Cascia cuando sea Rector de aquel centro de peregrinación.

Redactor de «España y América»

Es verdad que todos los miembros de la Provincia eran suscriptores y redactores de la preciada revista fundada en 1903 para tener en activo a tanto religioso encerrado en los conventos peninsulares y no peninsulares y a la vez ser apóstoles de la verdad por medio de la pluma, pero había necesidad de un cuerpo de redactores de prestigio. El P. Delgado colaboró desde su fundación, como puede verse en los índices de la misma, pero desde 1921 lo será más activa y comprometidamente.

Buen amigo del director, P. Graciano Martínez, su compañero de viaje a Filipinas, socio en el cautiverio, colega en Tapia, y ahora codo a codo en la redacción del quincenario agustiniano, sentirá en el alma la muerte repentina de ese hombre extraordinario para quien tejerá el mejor elogio fúnebre; elogios que repetirá en el prólogo a la obra póstuma del mismo llorado escritor: «El libro de Santa Teresa».

Tres temas destacan singularmente en la producción literaria del P. Delgado: la defensa de la enseñanza católica, Santa Teresa y la España eterna por cristiana.

Adalid de la enseñanza libre y católica

El campo de la educación, otrora feudo casi exclusivo de la Iglesia, fue invadido por los gobiernos europeos en su afán de monopolizar la enseñanza, no buscando el bien del educando, sino la sumisión del niño al Estado. El P. Delgado, lanza en ristre, que no es otra que la pluma, objeto programas, polemiza, da conferencias, todo por los fueros de la verdad y la libertad docente, siempre católica, pues no caben disyuntivas: escuela cristiana o paganismo.

La primera batalla la inició ya en 1913 a raíz del Decreto del Conde Romanones, quien afirmó rotundamente que gobernaba «no para las derechas ni para las izquierdas, sino según *la voluntad del partido*. El clamor español popular fue universal, pero no hizo caso: se articuló la enseñanza en las escuelas de esta manera:

1. La enseñanza de la doctrina cristiana y nociones de historia sagrada

continuarán figurando con carácter obligatorio en el plan de estudios de las escuelas públicas de instrucción primaria.

2. Quedarán exceptuados de recibirlos los hijos de padres *que así lo deseen*, por profesar religión distinta de la católica».

Contra este doble articulado arremete con bríos el P. Delgado, por juzgarlos contrarios a la Constitución y al Concordato, injuriosos a la verdad; conculca los derechos de los católicos, y burla los principios fundamentales de la educación. La libertad del error esclaviza la verdad, el desate del vicio acorrala la virtud; felizmente España, mayoría católica, pasó por encima de ese Decreto y la educación siguió siendo la tradicional.

En 1919, bajo el título «Cosas que claman al cielo», aboga porque se preste más atención a muchos pueblos de España sin escuela mientras que el Estado gasta ingentes sumas en palacios-escuelas en Madrid, Barcelona y alguna otra afortunada capital, paga pensiones fabulosas a inspectores que viajan al extranjero para ponerse a nivel europeo, etc.

Con el advenimiento de la dictadura de Primo de Rivera, se programó igualmente una reforma en la enseñanza, un Real Decreto del 28 de agosto de 1926 establece el *texto único*, disposición que el P. Jesús considera descabellada y antipedagógica: texto el mejor posible para todos, no el más voluminoso, ni el que más embute lecciones como indigestos chorizos, sino el que mejor armonice con el desarrollo de la persona. La ciencia para el hombre, no el hombre para la ciencia.

Califica la pedagogía rusioniana de extravagante y anodina y funesta porque así los maestros abandonan la enseñanza cristiana y española, y no forman alumnos cristóforos ni españoles patriotas, sino seres entecos, fríos, neutrales, sin normas de vida y sin virtud alguna.

Denuncia a los encadenadores de la libertad de enseñanza, que cuando era libre, libre era también la patria, y era maestra del mundo; desde que las cátedras se sometieron a la oficina de Instrucción Pública, nuestra enseñanza se convirtió en museo de modas intelectuales, archivo de impericias y selva intrincada de reales órdenes y contrarreales órdenes, laboratorio incesante de iniciativas enanas cuyo efecto ha sido el empequeñecimiento de la enseñanza, la inquietud y el sufrimiento de los educandos: todo por remedar lo de fuera, olvidando lo propio y tradicional.

Estos pensamientos del P. Delgado serían de gran provecho hoy para la CEDE y otros organismos que luchan por recuperar los derechos inalienables de la enseñanza. No perderán el tiempo si leen todos sus trabajos aparecidos primero en la citada revista y después publicado en un libro al que añadió las conclusiones del Congreso nacional de Educación Católica, celebrado en Madrid en 1924, y el Proyecto de reforma del Plan de estudios de bachillerato,

ideado por el colegio agustiniano de Santander (1919) firmado con el seudónimo de *Frimosa*, que no es otro que Fray Ignacio Monasterio, OSA, rector de dicho establecimiento.

Dice en el prólogo: «No escribí para darme gusto ni para darlo a mis amigos: escribí y escribiré, Dios mediante, para salvar la salud y la honra de mi patria. He batallado y batallaré, mientras pueda y tenga alientos, para romper el cautiverio de un derecho que es divino en la Iglesia Católica por encargo del divino Maestro, y lo es en el hombre por dispensación del Creador... claramente me refiero a la libertad de enseñar toda enseñanza buena».

Y concluye: aunque no es de la Mancha, sí es de la misma casta que el manchego, prefiriendo andar por los caminos apaleado en busca de la justicia y deshaciendo entuertos, a comer la olla, pobre o ricamente aderezada, en la tranquilidad del reposo, mientras es la justicia la que anda apaleada por los caminos y plazas públicas.

La última batalla por la enseñanza católica y libre la dará en el Perú, como veremos más adelante.

Un enamorado de Santa Teresa

Se cumplió el 12 de marzo de 1922 el tercer centenario de la canonización de la reformadora del carmelo, Teresa de Ávila; para Felipe II elevar a los altares a Santa Teresa era «uno de los negocios principales de estos reinos».

El P. Delgado, recién llegado de Valladolid, hace votos porque estas celebraciones sean siembra de hazañas de esta santa en los campos yermos del hombre de hoy; la canonización es apoteosis y glorificación de un ejemplar de la raza en quien todos somos glorificados, pero los cien años, transcurridos día a día, deben ser la encarnación constante de las virtudes de los héroes en la masa humana, que de acebuche se torna en noble olivo. Que la celebración no se reduzca a mero ruido y cascabeleo, ni a solas devotas conmemoraciones en los templos, debe pensarse en algo más práctico y trascendente: Santa Teresa debe ser nuevamente andariega, derramando gracias y donaires por calles y plazas con que hiera a unos, despierte a otros y levante a todos, no suceda que, después del recorrido épico de sus «fundaciones», hubiera de recogerse nuevamente en su primer convento sin haber hecho *fundación alguna*. Que despierte la raza dormida, y experimentaremos el nuevo «esplendor de nuestro renacimiento» que dijo Pardo Bazán, quien, como trofeo y homenaje, dejó su pluma a los pies de la Santa.

Nada mejor que un Congreso Teresiano donde se declare a Teresa de Jesús patrona de las letras españolas; así se difundirá su aroma: no olor a muerto, sino suave y confortante olor de vida, repitiéndose el gran milagro que pre-

gonaba el demandadero del convento de Alba de Tormes: «¡Válgame Dios, señores, cómo huelen! ¡A zambombas, a limones, a cidras, a naranjas y a jazmines»!

Consagró el P. Delgado sendos y prolongados artículos en honor de la santa abulense, bajo este triple aspecto: «Santa Teresa, mujer, monja y literata», auténtica escuela superior de magisterio donde toda mujer puede aprender feminismo, toda monja espíritu de vida monacal, y toda literata la esencia y magnificencia del arte literario.

En el prólogo que escribió a la *Vida de Santa Teresa*, editada por las Bibliotecas populares «Cervantes», se prodiga en elogios de esta mujer, quizá la primera y más divina belleza del mundo femenino, después de María. Porque es esta vida su autorretrato, vida bella como una estalactita de la creación en la que se han petrificado dos grandes cataratas de gracias celestiales... Rico panal de mieles místicas fabricado con el jugo de las flores de su corazón y de su alma en la primera mañana de su vida literaria, casi en la mañana de su vida religiosa, y sobre las flores todas brillan las sagradas perlas del rocío fresquísimamente del cielo.

Describe a la santa, como blanca montaña de gracias y donaires femeninos, mujer humana y divina, tan atrevida y prudente, humilde y poderosa, pequeña a sus propios ojos y tan gigante a los ojos del Señor y de los hombres, tan sin doblez y tan graciosa, tan indocta y literata, simple y sapientísima, tan española y tan cristiana, que en veinte siglos de santos, no hizo Dios más que una como ella. Justo será que España y la Iglesia, reconozcan la deuda contraída y la obligación de pagarla.

Si no se extendió más en el estudio de la santa fue por ceder honores a su admirado hermano Graciano Martínez, cuya obra póstuma «El libro de Santa Teresa» prologó gustosamente en justo tributo.

Por las glorias de España

El P. Delgado, ojo siempre avizor, hoy diría rayos infrarrojos, era sensible a todo acontecimiento, fausto o adverso. Quiero señalar tres: el IV centenario de la Expedición Magallanes-Elcano, el III centenario de la muerte del gran asceta y maestro P. Luis de la Puente y la dictadura de Primo de Rivera.

Para la primera evocación de ese acontecer histórico: la vuelta al mundo, el P. Delgado insiste en que no hay que dormirse, más bien es un deber despertar y evocar la gesta del hombre de Guetaria, Juan Sebastián Elcano, que llevó a feliz término la expedición que comandara Magallanes. Y duda exista hoy una raza semejante porque hemos olvidado los valores que impulsaron a aquellos héroes marcados por la Fe y Amor Patrio, así, con mayúsculas.

Una semana ascética en Valladolid

El título exacto fue Semana y Congreso Ascéticos de Valladolid, título rimbombante para una pobre y mediocre realización, a la juzgar por la versión dada por el redactor de «España y América».

Quiso Valladolid honrar a uno de sus grandes hijos, evocando épocas en que la ascesis se armonizaba maravillosamente con las gestas guerreras, con el lustre de las letras y con el respeto y admiración que las naciones sentían por España. Es Valladolid ciudad abierta a todos los sentires, y como había sido sede de congresos de medicina, geodesia, música, etc., podía serlo igualmente de uno de las ciencias del espíritu.

La inauguración fue solemne en la catedral, los primeros días fueron de fogueo espiritual concluyendo con comuniones sacramentales masivas, como si de un jubileo se tratara; a continuación vinieron las jornadas de estudio, y aquí es donde aparece el pesimismo del P. Delgado; aceptable la sección dedicada a los sacerdotes, lamenta que los jóvenes no supieron armonizar la molicie con la ascesis cristiana, de ahí que no pasaran de cuatro los jóvenes asistentes. La sección caballeros, ni muy concurrida ni muy desierta; las mujeres acudieron en mayor número a escuchar su propia sentencia: condenación de sus desenfrenos ¡hasta en el templo!

Donde sí quedó satisfecho, fue en las siete conferencias históricas, dadas por connotados miembros de cada instituto religioso. A la Orden agustiniana la representó el sabio P. Bruno Ibeas con el tema: «Los ascéticos agustinos españoles». Para cada uno de ellos tuvo la puntuación ajustada, oportuna y delicada.

La dictadura

Gritos de alarma, pesimismo, lamentaciones, son la predominante de la década de los veinte, que se creyó verlo todo arreglado con el golpe del 13 de septiembre de 1923 dado por Miguel Primo de Rivera; lógico que las revistas de altura, como era «España y América», reflejaran el ambiente, como lo hizo el P. Graciano Martínez con su «Hacia una España genuina» y lo hace, pero más moderadamente, el P. Delgado con dos temas: labor del Directorio Militar, y la hora de la juventud, hombre de esperanzas, pero sin triunfalismos baratos.

Entre las grandes manifestaciones de grandeza, casi ya al final de la década, están las Exposiciones de Sevilla y Barcelona; la Iglesia se hizo presente con la «Exposición Misional Española», un triunfalismo que hoy nos avergonzaría, pero en esos tiempos muy comprensible; el P. Delgado desarrolló

parca pero ajustadamente: «Los Agustinos Españoles. La Provincia del Santísimo Nombre de Jesús y su misión evangelizadora».

El P. Jesús Delgado y la restauración jerónima

Una faceta poco conocida en el P. Delgado: los jerónimos, familia religiosa de origen y raigambre netamente españoles, se vieron también arrastrados por la vorágine desamortizadora que vació todos los monasterios.

Data su origen de finales de la Edad Media, si bien sus vinculaciones sentimentales llegan hasta la gruta de Belén, donde san Jerónimo hacía austera penitencia a la vez que traducía la Biblia del hebreo al latín.

El primer monasterio fue Lupiana (Guadalajara); son famosos los monasterios de Guadalupe (Cáceres), donde se celebró el primer Capítulo general, Yuste, asilo voluntario de Carlos V, el Escorial, monumento que entra entre las maravillas del mundo, gracias a Felipe II, y El Parral en Segovia fundado hacia el año 1445/47. Y pongo a éste en último lugar porque ha de ser el que, como ave Fénix, resurja de sus cenizas gracias al soplo providencial insuflado por el obispo de Segovia Mons. Manuel de Castro, y a un hombre apostólico, Manuel Sanz, en religión Manuel de la Sagrada Familia, martirizado en Paracuellos del Jarama, como una bendición más y una lluvia que fecundará las simientes pletóricas postbélicas.

Fue Pío XI quien alentó la restauración jerónima con estas palabras: «No sólo aplaudo y bendigo esta idea, sino que es mi deseo verla pronto realizada».

El obispo de Ávila había conocido en Valladolid al P. Jesús Delgado; en él fijó una mirada para elegirlo como alma de esa nueva comunidad que había de surgir en el vetusto y abandonado monasterio de El Parral. Obtenidos los debidos permisos, abandonó el P. Delgado la residencia de Columela en Madrid y se trasladó a Segovia donde se transformó en rígido y austero monje jerónimo de amplio cerquillo y calada cogulla, salmodiando noche y día con alternancias de vida activa. Al P. Delgado se unió el P. José Pérez Gómez, veterano agustino misionero y acucioso historiador en Colombia, si bien no pudo soportar los rigores monacales y climáticos de Segovia, y regresó nuevamente a Colombia en 1926 como superior mayor y prior local de Bogotá donde falleció piadosamente el 13 de agosto de 1927.

La vida monacal se inició el 11 de agosto de 1925; los primeros frutos se cosecharon el 10 de julio de 1927, cuando, ante selecta y nutrida concurrencia realzada con el Prelado de la diócesis y la del Rvmo. General de los Agustinos P. Eustasio Esteban y su secretario P. Gabriel Monti, el Excmo. Sr. Nuncio de

S.S. Federico Tedeschini recibió los primeros votos de los neojerónimos e imponía el santo hábito a un novicio más.

El P. Jesús perseveró en el Parral con su difícil misión de prior y maestro de novicios hasta 1930; eran ya 16 religiosos profesos, 6 de ellos sacerdotes, juzgados aptos para autogobernarse siguiendo la regla agustiniana y Constituciones Jerónimas, por lo que el P. General de la Orden lo incorporó a la comunidad de Pavía donde se iniciaba una nueva experiencia: la internacionalización de la casa donde reposan los restos de N.P. san Agustín.

El Parral sufrió las consecuencias de las agitaciones anticlericales de la república, con el holocausto de varios de sus miembros en la guerra civil (1936-39). La segunda restauración tendrá lugar en 1941, con los nuevos brotes nacidos de la semilla de los mártires; hoy la Orden jerónima cuenta con dos monasterios: El Parral de Segovia y Yuste.

Como testimonio de sus andanzas por Segovia he encontrado entre sus papeles este canto a la grandeza de la ciudad:

«Dentro del cinturón de tus murallas,
albergue de cristianos caballeros,
envainados y muros aceros,
¡oh Ciudad inmortal!, duermes, callas!
Vestidos de sus férreas cotamallas,
aún semejan tus torreones, tus guerreros;
y aún destella tu frente reverberos
del ya lejano sol de tus batallas.
Ciclópea en tu acueducto; incomparable
en tu alcázar gentil sobre el abismo;
en tus templos, hermosa y perdurable,
de recia estirpe, de gigante historia;
te sobraron hazañas y heroísmo;
¡vate faltó para cantar tu gloria!».

Coincidiendo con su estancia en Segovia tuvo lugar el II Centenario de la canonización del gran místico y poeta san Juan de la Cruz, aureolado ese año con la borla de Doctor de la Iglesia por Pío XI. Con tan fausto motivo, se le encargó una conferencia sobre el nuevo Doctor que leyó en la iglesia del Seminario diocesano ante Prelados, clero y pueblo el 7 de octubre de 1927 y que tituló «Claridades de la noche oscura», publicada en «La Ciudad de Dios».

XV Centenario de la muerte de san Agustín

Dos cosas a resaltar porque ambas dicen algo del P. Jesús Delgado: las publicaciones agustinianas en España, singularmente «La Ciudad de Dios» y «España y América» que se fusionan en una sola bajo el título de «Religión y Cultura», e iniciará sus andares en enero de 1928, y la aparición de el «Vergel Agustiniano», mensual popular que sustituye a «El Buen Consejo» escurialense y limeño. No agradó a todos ese cambio, pues se juzgaba que ambas revistas tenían su característica propia; hubo sacrificios de una y otra parte, se inmolaron afectos y tradiciones en aras de una unión más estrecha entre todos los agustinos españoles, ahorro de energías, gastos y personal, etc. ¡Qué dirían los fundadores si levantaran la cabeza!, decía con dolor el obispo de Almería, P. Bernardo Martínez en carta al P. Ignacio Monasterio; los presentimientos del Prelado se cumplieron lamentablemente.

Aunque todos estén obligados a colaborar, se buscó firmas que por su laboriosidad, talento y cultura prestigiaran la nueva revista a nivel nacional e internacional: uno de ellos fue el P. Jesús Delgado. Primero el P. Eusebio Negrete, después el P. Ignacio Monasterio, le envían sendas cartas acreditándole como redactor tanto de Religión y Cultura como del Vergel Agustiniano.

Muy atareado estaba el P. Delgado en El Parral, de ahí que la única aportación a «Religión y Cultura» fuera la recensión a un libro.

Mejor suerte le cupo al Vergel para el que dictó desde el comienzo normas a «los noveles redactores», y publicó temas místicos, poesías y crónicas, enviadas desde Pavía y Cascia.

El segundo plan acariciado por el genio organizador como fue el P. Eustasio Esteban, era convertir la basílica de San Agustín de Pavía en centro Agustiniano, que fuera el ejemplo de las demás casas de la Orden; para ello requirió voluntarios que, incondicionalmente y bajo su obediencia inmediata, secundaran tan anhelado proyecto. El peso de esta fundación recayó casi íntegramente sobre los agustinos españoles. Para ese nuevo experimento salió de Segovia el P. Jesús.

Procedente de los Jerónimos de El Parral, dice textualmente el libro de Registro del Colegio de Pavía, llegó el P. Jesús Delgado el día 9 de enero de 1931, quedando incorporado a aquella comunidad que preside el P. Agustín Calcagno, de la Provincia de Liguria. Son varios los agustinos españoles allí residentes, a juzgar por esta nota curiosa que consigna el mismo libro: los agustinos españoles de ese colegio, visitan Turín con ánimo de contemplar la solemne exposición de la Sábana santa, expuesta en la catedral con ocasión del matrimonio del príncipe heredero Humberto de Saboya con la princesa Doña María José de Bravante. Dicha peregrinación fue el 15 de mayo del mismo año.

La comunidad se aumentó muy pronto con los agustinos mexicanos residentes en España, de donde salieron por miedo a las turbulencias de las que tan amargas experiencias tienen ya de su tierra natal. Llegaron el 14 de julio, acompañados del Rvmo. P. Eustasio Esteban y del P. Delgado que un mes antes, por indicación del mismo P. General, había visitado los profesorios de Roma y Viterbo y el noviciado de Genazzano, y del P. José Almanza, mexicano. Tres días más tarde, en acto comunitario, el Reverendísimo declaró formalmente que Pavía, al igual que Santa Mónica de Roma, quedaba bajo su inmediata dependencia. Lo que ha realizado verbalmente, lo hizo por escrito en circular que envió a todas las casas el 25 de agosto del mismo año 1931, quedando la comunidad constituida del modo siguiente:

Prior y Regente de estudios, el P. Agustín Calcagno, que ya lo era desde 1929; subprior y sacristán, el P. Jesús Delgado (que ya había sido elegido en la Congregación Intermedia de marzo de ese mismo año), y Maestro de profesores. Ayudante, el P. José Almanza; ecónomo y ayudante del Prior, el P. Ignacio Berasátegui, escorialense; está allí el P. Castor Gutiérrez, de Castilla, quien es nombrado confesor ordinario; al grupo sacerdotal hay que añadir a los Hnos. Miguel Plati, italiano; Daniel González, de Filipinas, y Teodoro Carrete, del Escorial. Los estudiantes, diez en total, son todos mexicanos; el único italiano que había volvió a su provincia ligur, al iniciarse la internacionalización de la Casa.

Los españoles se imponen en el italiano, como es lógico; así, en la próxima fiesta de la Consolación, celebrada «assai bene» el 30 de agosto el panegírico lo predicó el P. Delgado; similar actuación tendrá el 10 de septiembre, fiesta de san Nicolás, el P. Berasátegui.

La vida comunitaria se desarrolló con toda normalidad; el superior, P. Calcagno, asistió al Capítulo General, celebrado en septiembre, donde se confirmó la situación del colegio paviense como *generalicio*. Se inauguró el curso académico 1931-1932 el 12 de octubre, previo juramento antimodernista del profesorado, encabezado por el Prior-Regente. La distribución de las cátedras fue la siguiente: P. Regente: Moral; P. Jesús: Derecho y 1.º de Teología dogmática; P. Castor, los restante cursos de Dogma.

Poca estabilidad refleja el libro conventual, por cuanto ya en noviembre hay cambio de estudiantes y de profesores: pasan a Roma Castor y Almanza por razón de estudio; con ellos tres jóvenes mexicanos; ocuparán el vacío cuatro teólogos de la Provincia de Liguria. El P. Pablo Perea llega en noviembre como profesor de Derecho Canónico.

La rutina religioso-estudiantil se interrumpe el 28 de enero del 32 con una excursión o paseo del alumnado con su maestro y el P. Berasátegui a la cartuja, y el 8 de febrero el P. Delgado hace un viaje expreso a Milán para normali-

zar los carnets de todos los españoles en el consulado de España. El calor interno agustiniano se ve contrastado con la ola de frío que azotó la región: bajó el termómetro a —12 (14 al 23 febrero). Con aires de renovación llegó el nuevo General P. Clemente Fuhl a Pavía los días 18-24 de junio; fueron tomas de contacto, y por el momento se limitó a invitar a la comunidad a ser «modelo para todas las demás»... El P. Delgado toma un breve descanso en Génova del 16 al 26 de agosto, mientras los ladrones hacen una visita por sorpresa a la Iglesia-basilica pero que fueron aprendidos gracias a que fueron cogidos in fraganti por los hermanos Teodoro y Daniel.

Septiembre es el mes del relevo de superiores; el P. Calcagno lleva ya dos triennios, para un tercero sería necesaria una dispensa, por lo que la comunidad opta unánimemente por el P. Pablo Perea que confirma el Rvmo., el P. Calcagno pasó a subprior, consejero y ecónomo, permaneció el P. Delgado como maestro y el P. Berasátegui como depositario. El oficio de sacristán, por voluntad del Rvmo., pasó al P. Superior.

Tres visitantes ilustres

Además del sinnúmero de Padres capitulares que desde Roma se desplazaron a Pavía a venerar las reliquias del Santo Patriarca, destacan las de los obispos Mateo Colón, de Huesca; Luciano Pérez Platero, de Segovia, que permanece de huésped diez días, y el arzobispo de Burgos Manuel de Castro: los tres, sin duda, por pasar algunos días con el P. Jesús, sin quitar méritos, por supuesto, a los demás.

No en vano pasan los años, los mexicanos van retornando al atormentado país de origen; Fr. Daniel González regresa a Valencia de Don Juan en diciembre del 32, y es sustituido por Fr. Antonio González, futuro compañero del P. Jesús en el viaje al Perú en 1937. No adelantemos fechas, y permanecemos en Pavía hasta agosto de 1933, mes en que el P. Delgado toma las más largas vacaciones de su vida: del 8 de agosto al 16 de septiembre, con estancias en San Geminiano, Siena, Perugia y Gubbio.

El Colegio Internacional va a menos; el P. Cástor va al Brasil, el P. Delgado, por disposición del Rvmo., con fecha 25 de septiembre, parte a Cascia donde ha de ejercer el delicado ministerio de confesor ordinario de las Agustinas, quedando como únicos responsables de la formación y administración de Pavía los PP. Perea, Calcagno y Bersátegui.

Acompañemos a nuestro biografiado en su última etapa del «giro italiano».

Confesor de monjas y guía de peregrinos

Tal fue la misión encomendada por el P. Clemente Fuhl al trasladarlo al célebre monasterio de Santa Rita de Cascia en Perugia, a donde llegó en septiembre de 1933. Los libros monacales consignan el movimiento de personal durante la estancia del capellán español: el 21 de octubre entra la primera novicia a la que seguirá una veintena, de las que regresaron al hogar, ya sea por falta de vocación o por otros motivos, cinco. Se anotan dos defunciones: la primera en Navidad de 1933, Sor Giacinta Giachini, y la segunda el 6 de junio de 1934, Sor Caterina Franchini.

Gracias al actual Superior de la comunidad de Cascia, P. Giustino Casciano, tengo el testimonio de tres religiosas ancianas que le conocieron y unánimes atestiguan «che era molto buono e pio». Y un religioso que vivió allí más de treinta años, aunque no llegó a alcanzarlo, afirma haber oído hablar de él como de un sacerdote bueno y a veces severo en el confesonario.

A la dirección espiritual de la comunidad, debió unir la atención a los peregrinos de todo el mundo, singularmente en primavera y verano, en jornadas agotadoras en las que «después de tantos desfiles me sentía muerto y sin aliento ni aún para hablar; me consolaba el pensar que mi cansancio era como el de el segador, que sucumbre bajo el peso de la espiga, sea loado el nombre del Señor, y por Él glorificada su sierva Santa Rita». Desde allí envió sabrosas crónicas para «Vergel Agustiniano», singularmente sobre el fenómeno religioso en torno a Santa Rita.

La muerte repentina del Rvmo. P. Clemente Fuhl en La Paz (Bolivia) en visita general a toda la Orden en Sudamérica sorprendió a todos y creó un vacío que fue llenado en el Capítulo general de 1936 en que fue elegido nuevo superior de la Orden el P. Carlos Pasquini; soplaron otros vientos, y el P. Jesús fue sustituido por el P. Rafael Bracco, quien tomó posesión del cargo el 30 de noviembre del mismo 1936. El P. Delgado, celebrada devotamente la solemnidad de la Purísima, salió para Roma el 9 de diciembre.

Un mes más tarde inicia otra larga etapa, tal vez la más larga y fecunda de su vida: viaja al Perú en compañía del Revmo. ex-General Eustasio Esteban y el Hno. Antonio González, arribando al Callao (Lima) el 3 de febrero de 1937, donde permanecerá, sin retorno alguno a la patria, hasta el 12 de febrero de 1967, fecha de su piadosa muerte.

En su segunda patria: El Perú

El P. Eustasio tenía el corazón más en Lima que en el resto del mundo, como lo atestigua casi en todas las páginas de las «Memorias de su vida», de ahí que consiguiera fácilmente del nuevo superior General soltar las amarras

que lo retenían en Roma y embarcarse para el Perú donde morirá santamente en 1945: con él arrastró de compañeros de viaje al P. Delgado que nunca había pensado en el Perú y al Hno. Antonio; los tres fueron aceptados en el Convento Grande de Lima, el primero por propia elección, a la que tenía derecho según la legislación de entonces, los otros por obediencia. Fr. Antonio instaló muy pronto su carpintería al lado de la biblioteca, el P. Delgado ocupó una sencilla habitación para servir a la comunidad en los ministerios de la Iglesia, aumentados con la carga de subprior que se le impuso en el Capítulo Provincial de 1938.

La guerra civil española y el Perú

Medio año de guerra ensangrataba a toda España cuando los ilustres viajeros en la línea italiana dejaron Europa para arribar a la nueva tierra de promisión. El gobierno peruano fue uno de los primeros en reconocer al Estado Español inaugurado en Burgos, y con el gobierno lo más sensato de la prensa y del pueblo peruano. La capilla del colegio de Lima, antes sala Capitular, se convirtió en centro de toda manifestación hispana, ya fuera para dar gracias a Dios por una victoria, ya fuera para orar por los caídos. El final de la contienda fue celebrado con singular esplendor: la comunidad agustiniana invitó a todo Lima, singularmente, a la colonia española a orar por los agustinos muertos en la guerra: la ceremonia tuvo lugar el 22 de abril, la oración fúnebre fue pronunciada por el fogoso y ardiente P. Domingo Berasátegui. Tres semanas después, el 6 de mayo, se llenó la iglesia de San Agustín hasta el tope para orar por el mártir Fr. Anselmo Polanco Fontecha, obispo de Teruel, asesinado el 7 de febrero de ese mismo año. La oración fúnebre vibrante y magistral fue pronunciada por el P. Jesús Delgado, que se excusó con estas introductorias palabras: «Por el orador no preguntéis, es un humilde sembrador de la divina palabra, que ha hecho el propósito de no fatigar vuestra paciencia, pero os suplica unos instantes de respetuosa y benévola atención». El tema que desglosó fue: «No es el discípulo más que el Maestro» (Mt 10,23). El original llena cuatro folios a un solo espacio, y concluye con una plegaria por el mártir, una oración implorando perdón para los verdugos, y súplica por el don de la perseverancia para cuantos permanecemos en este valle de insidias, de derrotas, de lágrimas y de recias batallas.

Director del Colegio San Agustín

Tanto el Convento como el Colegio San Agustín ocupaban entonces un mismo edificio, había dos porterías, aunque con una única escalera común, los actos comunitarios independientes, si bien en los días onomásticos y so-

lemnidades litúrgicas nos reuníamos en un común «gaudeamus» y el diálogo entre ambas comunidades eran constante, salvo siempre piedrecitas que más de alguna vez ofendían el deambular monacal.

Hubo crisis de dirección en el Colegio por renuncia del P. José García Pulgar, que será más tarde obispo de Iquitos; el Provincial P. Ángel Cerezal en visita oficial al Perú y Colombia en 1940 hubo de resolver la difícil papeleta, recurriendo al único que aceptó, a sus 67 años, la nada ligera carga de la dirección. No tomó clases, pero sí dialogaba con profesores y alumnos, era exigente a la hora de las responsabilidades, de ahí que hubiera cambios forzosos con la comunidad de Chosica y recayeran las materias más pesadas sobre quienes nunca decían ¡basta! Delicado de conciencia, llegó a despedir del profesorado a uno, ciertamente muy competente, porque no quiso legitimar su situación matrimonial, afirmando que la honestidad y buen nombre de un colegio católico exige conducta intachable en todo el personal docente.

Permaneció en la dirección hasta 1946 en que el Capítulo provincial nombró al P. Restituto Díez, religioso bueno de verdad, que desde la condición de hermano de obediencia, previa rigurosa carrera hecha en el Seminario arquidiocesano, se hizo sacerdote, bachiller en teología, permaneciendo en la docencia hasta su muerte, acaecida en Santa María del Páramo (León), en visita a sus familiares.

Terminado su período de superior del colegio, permaneció algunos meses allí, hasta que nuevamente se le asignó la conventualidad en la vieja casona donde todavía en 1951-1954 será nombrado pro-regente de estudios.

Actividades múltiples del P. Delgado

Cuando fue nombrado director, ya estaba comprometido con la Acción Católica a nivel diocesano. La Acción Católica tuvo gran arraigo en Lima a partir del Congreso Eucarístico de 1935. Pioneros de este movimiento apostólico fueron las Órdenes y Congregaciones religiosas, sin querer quitar méritos a dignos sacerdotes seculares que también siguieron las normas de Pío XI que miraba a la Acción Católica como a la niña de sus ojos. Dentro de la Orden en el Perú es justo recordar a los PP. Claudio Burón, Alberto Díez y Manuel Cano en Chosica; Jenaro González, José Robla y Francisco Díaz en Lima; el P. Delgado dio impulso a los «Cruzados de San Agustín», con reglamento propio, que el P. Díaz transformará en Cruzada Eucarística, como escuela primaria de la Acción Católica. El P. Delgado permaneció vinculado muy de cerca al Consejo arquidiocesano muchos años, y era redactor del Órgano Oficial del mismo.

A la participación activa del P. Delgado en la Acción Católica hemos de añadir la colaboración con los Caballeros de Colón, de tanta fama en Estados Unidos en defensa de los derechos de la Iglesia y que tuvo gran aceptación en Lima. El P. Delgado fue su asesor muchos años, eran clásicos los retiros en la capilla del colegio sin que faltara el tradicional chocolate preparado por el abnegado hermano Adolfo Alonso.

Caballero andante en defensa de la verdad

Como en los tiempos mozos de «España y América», Quijote de la verdad y la justicia, con su tizona que no era otra que la pluma, reñía las batallas del Señor con enjundiosos artículos de gran aceptación en los mejores diarios de Lima, singularmente «El Comercio» y «La Prensa».

Mala suerte ha tenido Lima, y el Perú en general con los diarios y semanarios católicos, sostenidos invariablemente por las comunidades religiosas y algunos anuncios magros comerciales, dados más por compromiso que por su rentabilidad. Uno de ellos fue «Verdades», semanario cuya dirección se confió al P. Jesús, que hizo esfuerzos inauditos por su supervivencia, llegando a colocarlo a las puertas de las iglesias para su autoventa, al estilo americano. Igual suerte corrió la revista «El mensaje de Fátima», órgano oficial del movimiento fatimino en el Perú, uno de cuyos apóstoles fue el P. Ángel Rodríguez Gamoneda, obispo de Iquitos.

La mayor hazaña del P. Jesús en el Perú

Llegó al Perú cuando la enseñanza católica y libre era amenazada seriamente por el poder estatal. Nuestro héroe curtido en las lides de antaño arriba reseñadas, no descansó un momento. Se unieron los directores de los Colegios católicos y de esa reunión nació el Consorcio de Colegios católicos, cuyo cincuentenario están celebrando. Uno de los puntales en que se apoyó firmemente fue el rector del colegio de los jesuitas, Padre Beláustegui, exalumno del P. Delgado en Llanes, providencial coincidencia que acercó más a ambos institutos, y que más tarde, en 1946, dará otro fruto: la Asociación de Padres de Familia de los Colegios católicos. Eran tiempos del APRA, de corte netamente marxista que amenazaba directamente toda institución libre y cristiana. La chispa iluminadora la dio el P. Delgado: *los colegios deben salvarlos quienes por ley divina y humana son los primeros educadores, y no son otros que los padres de familia*. Se fundó la institución en cada uno de los colegios, tanto masculinos como femeninos, se federaron a nivel nacional, y se proyectaron hacia el exterior resultando toda una Confederación Hispano-americana. Ni

que decir tiene que estas fundaciones contaron con las bendiciones de la Jerarquía y de las Nunciaturas y hasta gozó de buen nombre dentro del Estado, pues nunca faltó ministro o senador que no tuviera a sus hijos en los colegios de la Iglesia. El primer presidente fue don Juan Vicente Nicolini, cuyo hijo se educó en San Agustín. Sus palabras han de coronar esta pequeña biografía. Celebró la Asociación de Padres de Familia un primer congreso interamericano en octubre de 1952. Las actas de ese congreso llevan el prefacio del fundador, P. Delgado. En la biblioteca del convento se conserva el ejemplar que de su puño y letra dedica el Dr. J. Vicente Nicolini al P. J. Delgado: «Al M.R.P. Jesús Delgado, inagotable soldado del bien, gestor de toda obra buena y creador de las Asociaciones de Padres de Familia en el Perú, con leal amistad y profundo respeto. J.V.N. 7 de junio de 1954». Dos años más tarde, 1956, se publicó otro libro titulado: «Las Asociaciones de Padres de Familia como Institución Peruana» donde también hay una obligada colaboración del asesor-fundador; similar dedicatoria: «A mi distinguido amigo M.R.P. Jesús Delgado, padre espiritual y guía inspirador de las Asociaciones de Padres de Familia, quien atesora en su corazón el grandioso fruto de una obra, que para gloria de Dios, el Perú entero y toda la América la ha recibido feliz para su propio beneficio. Las generaciones del futuro nunca agradecerán lo bastante al Asesor Jesús Delgado, maestro magnífico e inteligente consejero, que fue la estrella boreal que guió, no a los reyes de Oriente, sino a los Padres de familia de hogares católicos, que por siempre le rendirán pleitesía y homenaje. Su humilde admirador J.V.N. Enero de 1956».

¿Por qué esta fama afuera y tan mezquino el tributo interno?... La respuesta la dejo en labios de un Asistente general de los dominicos que le escuchó más de una vez en Lima: «No entiendo como los agustinos quieren ignorar lo que vale el P. Jesús Delgado: es muy inteligente, su cultura es extensa y profunda, su conducta intachable; es incapaz de ofender». Así fue el P. Jesús Delgado, todo lo hizo bien».

Epílogo: como en Betania.

Vivía en la misma calle San Agustín una antigua familia, oriunda del país vasco, por apellido Asín, que poseía una hacienda al sur de Lima, por nombre Mala, pero era buena de verdad. De gran contacto con las asociaciones conventuales, nunca faltó al P. Jesús ocasión para en inspirados versos cantar las glorias del Corazón de Jesús, Santa Rosa o la Invocación al Espíritu Santo, devociones singulares tanto de Rosa como de Raquel, ése es el nombre de estas damas. Los últimos años llevaron al P. Jesús a descansar a la hacienda; allí prolongaba su existencia al mismo tiempo que daba rienda suelta a su fantasía en inspirados versos, muchos de los cuales han aparecido en su libro «Hojas caídas», (Lima 1958). Hoy nos gustaría publicar otro con las «Hojas reencontradas» y recogidas.

EL CANTO DE UN PROSCRITO

El soldado, el anciano, el sacerdote
 Mendigamos el pan en tierra extraña;
 Y en todas partes, cual tremento azote,
 La desgracia cruel nos acompaña.

¡De cuantos infelices prisioneros
 Van los despojos, que mató el quebranto,
 En hombros de sus tristes compañeros
 A demandar piedad al campo santo!

¿Será que al golpe de la suerte impía
 Rodemos todos á la enorme fosa
 Sin sentir el calor de un ¡Madre mía!
 Lejos... tan lejos de la patria hermosa?

¡Ay! ¡Qué amargo es el pan en el destierro!
 ¡Qué cruel es el llanto en el olvido!
 ¿No habrá quién rompa el ominoso hierro!
 ¿No habrá ya compasión para el vencido?

¿Por qué, elevadas cúspides malayas,
 Señalásteis el rumbo a mi camino?
 ¿Por qué habéis dado, encantadoras playas
 Tan abrojososa senda a un peregrino?

¡Oh mar! hirviente mar, que ronco y fiero
 Ensordeces la playa solitaria,
 Oye el triste clamor de un prisionero
 Y del cautivo escucha la plegaria:

Dime si viste de la patria mía
 Las bellas playas y pintadas aves;
 Dime que fue de sus guerreras naves
 Allá en las olas de la mar bravía.

Dime si has visto su valiente escudo
 Estallar en la frente del tirano
 O fuiste acaso, en el combate rudo
 ¡Oh mar! la tumba del poder hispano,

Tal vez serán tus ondas procelosas
 Sangre inocente de la guerra impía.
 Llanto quizás de madres y de esposas;
 Tal vez suspiros de la patria mía.

¡Cuándo podré sobre ligera nave
 Romper tu seno de furor henchido
 Y tornar a mi cuna, como el ave
 Tras negra tempestad, al caro nido!
 (1899)

Fr. Jesús DELGADO, *agustino*

APÉNDICE DOCUMENTAL

1

Carta del P.J.D. al P. Provincial, liberado de la prisión.

«M.r.p. fr. Manuel Gutiérrez.-

Mi estimado P. Manuel. Si esta carta llega a sus manos reciba mi cariñoso saludo; excuso decirle que me interesa saber de su salud, y la de los demás hermanos.

A mí me cogieron interinando en Tagudín (Ilocos-Sur) el 13 de Agosto; y me tuvieron preso en la cárcel de esta cabecera hasta el 22 de Septiembre, que me dieron libertad; paso por aquí la vida convertido en maestro de escuela.

Todos los que me conocían antes me tratan bien, y gracias a Dios, por ahora, no lo paso mal; sólo que espero con afán la solución de nuestro porvenir.

Los PP. de la Unión e Ilocos, se fueron replegando todos hasta Cagayán, donde creo están presos con el Sr. Obispo.

Los misioneros de Quianungan, Lepanto, Tiagán y Bontogo fueron cogidos en Bontoc y les llevaron a Vigan; he oído decir que los traen por tierra hacia Manila.

Espero telegrama o carta de V.R. para saber qué es de Vdes. y cómo les tratan por ahí; si lo pasan bien haré lo que pueda para embarcarme para allá. Como comprenderá V.R. nos dejaron a todos sin ropa ni dinero, y sin nada; yo vivo a merced de las amistades y simpatías que tengo por aquí desde que vine en hora fatal a estudiar idioma con el difunto P. Rafael Redondo.

El portador de ésta será Oton, hacendista alemán de Benguet, u Hollman, hacendista suizo del mismo distrito.

Aquí está el que fue Gobernador civil de esta Provincia, varios empleados y cazadores presos, o por lo menos como presos, esperando todos el día de la redención. La persona más influyente aquí y más respetada es D. Benito Reynaldo, jefe de la Tabacalera en esta Provincia y amigo mío; puede Vd. valerse de él para tomar alguna providencia, o comunicarse con nosotros.

Es cuanto me urge decirle.

Su afmo. hermano q.s.m.b. Fr. Jesús Delgado (rub.).

San Fernando (Unión) 4 de octubre/98.

Nota: Puede llegar la carta poniendo en el sobre Sr. D. Cet.

2

S. Fernando (Unión) 13 Diciembre / 98.

Sr. D. Manuel Gutiérrez.

Mi querido D. Manuel: Escribo desde la cárcel, donde ma han metido de nuevo, para mayor seguridad; y no sé cuando podré salir de ella. Me dan de ración ;12 cuartos diarios! que en esta plaza representan tres huevos y dos plátanos. Pero, gracias a Dios, aún no me ha faltado qué comer ni ropa limpia. Don Pablo del Moral me da dinero; y en una casa particular de aquí me lavan la ropa y me arreglan la comida y me la traen a la cárcel.

El portador de ésta, D. Mariano Legazpi, es amigo mío y compañero de prisión; partió conmigo los platos de su mesa y se interesó por mí lo que pudo. Él le podrá dar noticias de cuanto ocurre por aquí, y es de confianza para cualquier encargo.

No sé si habrá recibido V. las cartas que le envié por la Tabacalera; en ellas le decía que necesitaba por lo menos un par de zapatos del n.º 38 y jabón para afeitarme. Pero no sé si Vdes. están en tal conformidad que puedan hacer algún gastillo y mandar algo a estos infelices prisioneros.

Deseo vivamente saber qué se piensa de nosotros y cuál es nuestro porvenir. Quiera Dios que pueda ir a darle pronto un estrechísimo abrazo su afmo. de corazón q.s.m.b. Jesús Delgado» (rub.).

3

S. Fernando 7 de Enero de 1899.

Sr. D. Manuel Gutiérrez, Provincial de Agustinos.

Mi querido P. Manuel: Me proponen la libertad furtivamente bajo la cantidad de mil pesos. Esto mismo se lo propongo a V. por si la Procuración puede abonar esa suma. En tal caso a vuelta de correo mándeme una carta-giro sobre la Tabacalera de Carlotan al Jefe D. Benito Reynaldo. Y entreguen al portador de ésta cincuenta pesos para gastos que se descontarán de la suma, que yo entregaré cuando esté a bordo.

Mas si no puede ser, rueguen a Dios remedie como le plazca nuestro largo cautiverio.

Suyo de corazón q.b.s.m. Jesús Delgado (rb.)».

APAF. 341/2.

BIBLIOGRAFÍA *

Publicaciones del P. Delgado:

- Novena al Gran Padre y Doctor de la Iglesia San Agustín.* 1.ª ed. Valladolid 1920 (múltiples ediciones). Versión al portugués por el P. Lesmes Mingo, San Paulo, 1923.
- Novena a Santa Rita. Novena a Santa Mónica.*
- Mirando a la Patria. La hora presente: Objeciones y respuestas a la labor del Directorio Militar. Las juventudes se organizan.* 1925.
- Cuestiones Pedagógicas de actualidad. Texto único. Libertad de enseñanza.* Madrid 1928.
- Vida de Sor Melchora de los Sagrados Corazones (su vida y admirables virtudes), monja agustina recoleta de Gijón.* Madrid 1926.
- Curso de Educación Moral y Religiosa.* Lima 1940.
- Hojas caídas* (colección de poesías) Lima 1958.
- La Fe ante la razón* (para el V año de I.M. Lima.
- Lógica elemental* (para V. año de I.M.) Lima.
- Ética novísima* (para V año de I.M.) Lima.
- Lecciones de psicología* (para IV de I.M.) Lima.
- Nuevo Vía Crucis* (verso) Lima. *Jesús con la Cruz a cuestras* (sermón). Lima.

Colaboraciones en España y América:

- El árbol del Paraíso* (1903/1) 38-39.
- A Su Santidad León XIII en el XXV Aniversario de su coronación.* 2(1903/2)305-308.
- A la Cruz* 1(1903/1)426.
- El ángel de la oración* 2(1903/2)406.
- Dos cartas* 10(1906/1)459/461.
- Una mañana de Julio (en Peñalvina)* 11(1906/2)427-428.
- Una aldea de Asturias* 14 (1907/2) 287-288.
- El mejor premio (diálogo)* 17(1908/1)189-191.
- Una lección de Historia literaria* 22(1909/2)442-448.
- El convento de La Vid* 66(1920/2)118-120.
- «El Amor y mis amores» [de Fernández Shaw]* 30(1911/2)123-126.
- Jovellanos, poeta* 31(1911/3)481-492.
- Ante un problema político-religioso: «El espíritu equidistante» de un decreto* 38(1913/2)419-428.
- Críticas y reparillos [a un libro de Sardá y Salvany]* 45(1915/1)51-57.
- Cosas que claman al cielo [escuelas]* 64(1919/4)412-415.
- El 27 de Abril de 1521 fecha tan olvida como memorable* 70(1921/2)266-272.

* Archivos consultados: APAF = Archivo de la Provincia Agustiniiana de Filipinas. Valladolid. Archivo Convento de Lima. Archivos del convento de Pavia y monasterio de Cascia.

- Magallanes: ¿descubridor o explorador solamente?* 72(1921/4)401-412.
- Alrededor del Centenario de la Canonización de Santa Teresa* 74(1922/2)3-8.
- Santa Teresa, mujer, monja, y literata* 74(1922/2)108-114; 189-194; 437-445. 75(1922/3)95-103; 425-433. 79(1923/3)17-23; 107-115.
- Teresita en el Convento (para un colegio de niñas de Llanes)* 75(1922/3)173-80.
- Primer viaje alrededor del mundo. IV Centenario de este acontecimiento y la parte que le cupo a él a Sebastián del Cano* [sic] 77(1923/1)10-19; 214-219; 347-355.
- Don Andrés Manjón. Bosquejo de su figura y su obra.* 79(1923/3)252-263; 355-367 (hay separata).
- Una observación importante sobre la reforma de nuestro plan de enseñanza* 80(1923/4)346-350.
- Sobre la libertad de enseñanza: reparos a la sexta conclusión de la última Asamblea de Catedráticos de Instituto* 81(1924/1)168-183; 256-267.
- El Primer Congreso Nacional de Educación Católica* 82(1924/2) 416-426. 83(1924/3) 24-39.
- La Religión en la Escuela ante la conciencia del maestro (conferencia que pronunció el 15 de Abril de 1923)* 83(1924/3)94-105; 241-251 (hay separata).
- La Semana y el Congreso ascéticos de Valladolid* 84(1924/4)331-341; 401-413. 85(1925/1)21-30.
- El P. Graciano Martínez* 85(1925/1)83-98.
- Para ejemplo (a la memoria del M.R.P. ex-asistente General P. Urbano Álvarez (González))* 85(1925/1)430-434.
- Mirando a la Patria: la hora presente. Objeciones y respuestas a la labor del Directorio Militar* 86(1925/2)81-94.
- Hacia la organización: juventudes y esperanzas* 87(1925/3)3-19 (hay separata de ambos).
- El Libro de Santa Teresa del P. Graciano Martínez. Prólogo* 89(1926/1)206-218.
- Cuestiones pedagógicas de actualidad* 93(1927/1)3-18.
- En plena polémica sobre cuestiones pedagógicas de actualidad* 94(1927/2)3-13; 81-87; 161-169; 95(1927/3)3-11; 96(1927/4)1-95.
- Nota: todos los temas pedagógicos han sido publicados en un solo libro como arriba se dice.

En la revista «*Vestir al desnudo*», Madrid 1909 y ss.

Himno a Santa Rita: ¡Salve, Salve, Mujer fuerte! 1(1910)77.

Limosna de Santa Rita (poesía) 5(1913)147-148.

Desprendimiento (poes.) 6(1914)382.

Discurso en la inauguración de la Escuela-Taller de Santa Rita en Gijón el 7 de Enero de 1914 6(1914)310-315; 324-329; 346-349.

En «*Archivo Agustiniiano*», Madrid

La Madre Sor María Ángela Álvarez Suárez, Agustina Terciaria de la Enseñanza 14(1920)330-336.

Consagración del Ilmo. y Rvmo. P. Bernardo Martínez 17(1922)119-120.

El P. Graciano Martínez 23(1925)90-101 (tomado de EyA).

Vida de Sor Melchora de los Sagrados Corazones 24(1925) y ss. hasta el 28(1927), (edición separata).

En «La Ciudad de Dios»:

Claridades de la Noche oscura 151(1927)178-191.

En «Vergel Agustiniiano»:

A los noveles Redactores del «Vergel Agustiniiano» 1(1928)8-10.

¡Alabado sea Dios! Ib 41-46.

Página mística Ib. 320.

Acentos de San Agustín (poesía) 1(1928)138. 2(1929)372. 3(1930)420.

Quitemos la telaraña al Crucifijo 4(1931)265.

Desde el Santuario de Santa Rita de Cascia (Italia). Las peregrinaciones al Santuario (7(1934)407-410.

Perfiles de la Acción Católica Italiana. 25 años de Acción Católica femenina. Ib. 441-442.

Hechos que hablan (P. Gemelli) 8(1935)104-105.

Palabras del papa a la juventud de Acción Católica Italiana. Ib. 122-123.

La Fiesta de Santa Rita en Cascia. Ib. 295-296.

Navarra siempre adelante Ib. 359-360.

Santuario de Santa Rita de Cascia. Peregrinos ilustres. La parra, las abejas, el milagro eucarístico. Ib 295-296.

En «Revista de la Exposición Misional Española»:

Los agustinos españoles. La Provincia del Santísimo Nombre de Jesús y su misión evangelizadora. Barcelona 4(1929)145-151.

Para otras publicaciones véase el P.G. de Santiago Vela en su «*Ensayo...* II, 219-220.

En el Perú

Colaboró en «El Comercio», «Verdades», «El mensaje de Fátima», «Misiones agustiniianas», «Mundo Agustino», y otros.

Obras consultadas

Elviro J. PÉREZ, *Catálogo bio-bliográfico*, Manila 1901.

Ángel PÉREZ, *Igorrotes*, Manila 1902.

Graciano MARTÍNEZ, *Memorias del cautiverio*. Manila 1900.

Joaquín D. DURÁN, *Episodios de la revolución filipina*, Manila 1900.

Sor Mercedes de la Ascensión y Sor María de la Coronación de Espinas, *Dos narracio-*

- nes edificantes, bajo el imperio del Katipunán desde el 11 de Agosto de 1898 hasta el 29 de Noviembre de 1899*, Manila 1900.
- Provincia Agustiniana de Filipinas, *Estado de los Religiosos correspondiente al año 1913*.
- Bernardo MARTÍNEZ, *Apuntes históricos de la Provincia del Santísimo Nombre de Jesús. Filipinas*, Madrid 1909. *España*, Madrid 1913.
- Gregorio de SANTIAGO VELA, *Ensayo de una biblioteca ibero-americana de la Orden de San Agustín*, vol. II, Madrid 1915.
- Teófilo APARICIO LÓPEZ, *La persecución religiosa y la Orden de S. Agustín en la Independencia de Filipinas*, Valladolid 1973.